

El canto eterno

Leidy Manuela Portilla Pantoja

Estudiante de Nutrición y Dietética

Tercer puesto

En la cima de una tranquila montaña, en medio de un bosque verdoso acompañado de sonidos silvestres, un nomo se vestía de fiesta justo con la caída amarilla del sol. Alrededor de una fogata danzaba, cantaba y comía ricos dulces hasta quedar completamente saciado. Los niños de la aldea estaban alertados para que, por ningún motivo se acercasen a ese lugar, ya que, si lo hacían, el nomo llevaría a cualquier niño que mirase rondar esta zona a un portal mágico del cual no había regreso.

Pero un día frío, cargado de lluvia, una niña de tez blanca, ojos marrones, cabello rizado y labios carmín, se adentró en el inmenso bosque; se sentía desconsolada y triste porque sus papás se encontraban discutiendo fuertemente en casa; ella no entendía por qué ya no se amaban y habían decidido separarse. Mientras caminaba de manera minuciosa por el bosque, empezó a entonar una canción, desahogando su tristeza; la canción transmitía desaliento y hasta producía escalofríos; el nomo la escuchó en seguida y, una enorme fascinación se apoderó de sus oídos, haciendo que éste quedara impactado. De manera cautelosa se fue acercando a ella y la sorprendió lanzándole un saludo:

– Hola, hermosa doncella, ¿quieres hacer un trato conmigo?

La niña se asustó al ser sorprendida por el nomo; no fue capaz de dar un paso hacia adelante y su voz desapareció completamente. Pasaron pocos minutos y la niña reaccionó; miró directamente al nomo con ojos de curiosidad y en su boca se articuló la respuesta a su pregunta:

– Sí, pero ¿cuál es el trato?

El nomo se acercó un poco más a ella; le habló en un tono amigable y le propuso cantar una hermosa melodía para él, hasta que apareciera el amanecer. El nomo quería escuchar a la niña cantar sin descanso; si lo lograba, le obsequiaría una bolsa llena de monedas de oro con las que podría hacer lo que ella quisiera, pero si sucedía lo contrario, el nomo se apoderaría de su vida. La niña analizó la propuesta y le pareció desagradable, así que decididamente rechazó el oro, pero por su mente surgió una nueva idea y se la expresó al nomo:

– No quiero el oro; no lo necesito. Estoy dispuesta a aceptar tu propuesta, solamente si me aseguras que mis padres se vuelvan a enamorar y de esa manera poder ser la familia feliz que éramos.

El nomo no lo pensó ni un segundo y de manera inmediata, de su boca salió un enorme: “acepto”.

La niña comenzó su canto y la dulzura del mismo inundó los alrededores del bosque; pasaron algunas horas y ella no había dejado de cantar en ningún momento; sin embargo, el tiempo que invirtió cantando, era directamente proporcional a su agotamiento, y su voz se desvaneció finitamente en un profundo sueño. Ni sus padres ni los habitantes de la aldea volvieron a saber de la pequeña; todo pasó de una manera tan veloz, que les fue imposible encontrar alguna pista que los llevara hacia su encuentro; pero, se dice que su voz es la que ahora anima y acompaña la danza del nomo desde el umbral del cielo, mientras que él, cada noche, le entrega en el capullo de una rosa, su corazón.

HA